

dozatrepo al tapanco y permanecía allí dos días. El General Ramón Méndez precisamente dormía en la pieza que correspondía al lugar en que estaba oculto D. Justo. Los dependientes de la tienda de la casa, le arrojaban pan, y nada más, y le pinchaban cuando, rendido por la incomodidad de la posición que guardaba, dormía y le daba por roncar.

Andando con el General Régules en 1886, fungía de gobernador y con tal carácter entró a Morelia en Febrero de 1867. Reorganizó la hacienda pública y puso gran empeño en difundir la instrucción. En su discurso cívico del 16 de Septiembre de ese año, dijo: "el patriotismo es una religión." No sólo lo decía, sino que era uno de sus apóstoles más fervientes. ¡Cuántas pruebas había dado!

Resultó electo gobernador constitucional del Estado en 1867 y diputado por el Distrito de Zamora al Congreso de la Unión. Vino a México a renunciar el cargo de diputado y regresó a tomar posesión. Estuvo al frente del gobierno desde el 1.º de Enero de 1868 a Agosto de 1871, que renunció por venir al Congreso donde luchaban lerdistas, juaristas y porfiristas. Estableció la primera línea telegráfica en Michoacán, entre Morelia y Celaya. Por la veneración que tenía a las leyes de Reforma dejó de haber toque de rogaciones, de agonía y dobles.

De vuelta del Vaticano a Morelia, su condiscípulo, el Arzobispo Arciga, le impuso a su entrada una multa de cien pesos, porque lucía capa magna.

Mientras permaneció en el Congreso de la Unión, de 1871 a 1873, fué redactor de la *Revista Universal*. Reelecto al período siguiente formó parte de la comisión que, con D. Juan José Baz y D. Emeterio Robles Gil, dictami-

no que fueran elevadas al rango de leyes constitucionales las de Reforma. Allí pronunció discursos que le valieron el ser considerado como uno de los mejores oradores de la Cámara. Pasó al Senado y habló el último al cerrar ese período el triunfo del plan de Tuxtepec. El día que D. Sebastián Lerdo de Tejada abandonó a México, iba a ocupar el puesto de Director general de Correos, para el que acababa de ser nombrado. Ese Noviembre en camino para Morelia lo aprehendieron los iglesistas a su paso por Maravatío. Tres días duró preso.

Dedicado al ejercicio de su profesión de abogado, relactó *El Renacimiento*, haciendo furibunda oposición al gobierno del Estado. Así vivía, cuando lo llevó la muerte en Abril de 1879. El clero de Morelia puso en juego sus artimañas para conseguir que se confesara, pero él permaneció firme en su credo de libre pensador y en sus principios de reformista. ¡Y murió tan pobre que sus amigos le costearon el entierro!

Dos son sus obras: *Morelia y sus alrededores* y *La única exposición en Morelia bajo la administración de D. Bruno Martínez*; pero dejó otra obra más imperecedera y por la que es inmortal: su participio en la constitución de las leyes de Reforma.

De los aplaudidos oradores de aquella época de lucha, con su siempre elocuente palabra se imponía y hacía hasta simpática su fealdad: alto, robusto, picado de viruelas.

Un recuerdo, sencillo como su vida, existe en Morelia, y por el amor de sus viejos amigos: un monumento de mármol del panteón de S. Juan. Su nombre a secas indica que allí reposa.

ANGEL POLA.

GREGORIO DÁVILA.

1810-1868.

POR el año de 1810 mal andaba la mina Pamarejo, cerca de Ameca, Estado de Jalisco, porque sus productos, antes cuantiosos, ahora no se daban sino quiera los muchos gastos para beneficiarla; así es que el español D. Timoteo Dávila, dueño de ella, tuvo que salir de Guadalajara y partir para allá, llevándose su familia. En Ameca, el 12 de Marzo, tuvo un hijo la Sra. Ignacia Ramos, al que en la pila bautismal le llamaron

Gregorio. Su padre era D. Timoteo, que había contraído matrimonio con esta buena mexicana.

Como iba siendo muy preciso el no quitar la vista de la mina, Gregorio fué creciendo en Ameca, hasta llegar a la edad en que entró a la escuela de primeras letras. Allí aprendió todo lo que se enseñaba y tuvo que regresar con sus padres, como a los diez años, a Guadalajara. Y le hicieron repasar las mate-

rias que formaban la instrucción primaria, para poder ingresar al Seminario Conciliar, donde cursó los estudios preparatorios y los profesionales de abogado, recibiendo su título, después de haber hecho brillante carrera que le dio nombradía como jurista. La terminó antes de cumplir la mayor edad y por eso la Legislatura, por medio de un decreto, lo habilitó a fin de que pudiese ejercer la profesión.

No tardó mucho en ser Secretario del ayuntamiento y Juez de letras. Cuando el general Gordiano Guzmán, este rancharo que siempre cuidó más de su patria que de su vida y de su hacienda, cargó con la causa de la federación, D. Gregorio le siguió como secretario, estando en la batalla del Gallinero, que la ganaron los centralistas. Vivía en Guadalajara y entraba a figurar en la vida pública si imperaban en el Gobierno los partidarios de la federación; pero si los centralistas dominaban se iba a Chichiquila, hacienda de D. Antonio Gutiérrez, liberal antiguo y de gran corazón que se fugaba a los revolucionarios del partido progresista.

Siendo gobernador D. Joaquín Angulo, hubo en la casa de D. Gregorio, que era el vicegobernador, una junta para organizar las elecciones de gobernador y que le dieron el carácter de revolucionario a las autoridades. Presidía la junta D. Gregorio y estaban Jesús Camarena, Pautaleón Pacheco, Francisco Garibay, Pedro Torres, Rosario Villalpando y Lino y Ramón Suro; estos tres hombres de acción, a cuya cabeza figuraba Julián Villalvaso, se contraban en lo mejor, cuando el Jefe Político Guadalupe Montenegro los sorprendió, disolviendo la junta y conduciendo entre filas a la Jefatura a todos, menos a D. Gregorio que gozaba de fuero; pero quiso no tener el privilegio y acompañó a los presos, que fueron golpeados por la escolta. D. Gregorio tomó la palabra y con su elocuencia logró que recobraran su libertad.

Una revolución fué improvisada a las dos de la tarde del 26 de Julio de 1852, porque no quería bien el pueblo a D. Jesús López Portilla, gobernador del Estado. Hicieron cabeza José María Blancarte y Julián Villalvaso; los dos, para apoderarse del cuartel, mataron a dos centinelas. Blancarte de una bofetada. D. Gregorio subió al Poder y duró hasta Septiembre en que triunfó la contra-revolución hecha por Sánchez Navarro. A Santa-Anna no le agradaba el prestigio de Dávila, porque sus ideas democráticas eran obstáculo para que se entonizara, como era su ambición más acariciada; y por esto en 1854 desterró a D. Gregorio a Nombre de Dios, Durango, regresando

a Guadalajara por influencias del Cónsul de España Francisco Martínez Negrete y de D. Pablo Martínez del Río, después de haber transcurrido cerca de ocho meses.

Pasado algún tiempo, Santa-Anna ordenó que fuese nuevamente aprehendido y llevado a Ulúa para mayor garantía. Al llegar a su casa fué sorprendido por una escolta y al otro día le hicieron partir para el Castillo. Era entonces gobernador y comandante militar de Jalisco D. José María Ortega, quien más que por su nombre y apellido era conocido por *El Rechubón*. El recibió el mandato de Santa-Anna para la aprehensión y envió seguro de Dávila. Bien pudo fugarse en la travesía; el jefe de la escolta, un tal José María Castillo, hizo todo lo posible por facilitar la fuga: no vigilaba al preso, lo dejaba atrás ó adelante completamente solo, jornadas enteras lo tenía de distancia, y D. Gregorio, sin desviarse del camino recto, para donde lo conducían. A su llegada a Veracruz hubo más consideraciones y de parte del gobernador y comandante militar del Estado el general Antonio Corona. Ni a Ulúa quiso que fuera el reo; le preparó en el mismo punto magnífica habitación, ropa interior y exterior en la recámara, sobre el buró cuatrocientos pesos en oro, servidumbre a sus órdenes; iba a vivir como en su casa. Que a poco el clima le quebrantó la salud, pues Corona, sin que pidiera nada D. Gregorio, escribió a Santa-Anna y obtuvo que cambiase de residencia, y se fué el prisionero a Huatusco.

Para pasar la vida ejerció su profesión y llegó a tener una numerosa clientela, y tanta que el día que La Llave, se enseñoreó del Estado, quedó libre, el pueblo le salió a dejar, agitando sus bondades. Un comerciante y hacendado español, D. Alberto Pesado, lo tuvo en su casa durante su permanencia, negándose a recibir pago alguno del proscrito, que salía con una comisión de La Llave para Comonfort.

Al encargarse Parrodi del gobierno y de la comandancia militar de Jalisco, Dávila desempeñó el cargo de secretario de gobierno y de primer consejero de Estado. Y entró de gobernador al ir Parrodi a batir a Osollos en la beza José María Blancarte y Julián Villalvaso. Ocupando este puesto, Blancarte con fuerzas llegaba de la Paz, Baja California, a las puertas de Guadalajara. D. Gregorio no lo dejó entrar, antes bien lograron él y el valiente Calderón, entonces comandante militar, que capitulase en Zupopam y entregase las armas. Apresaron a Blancarte y fué traído a México, tomando después parte en el plan de Tacubaya.

Al pronunciamiento de Landa, ocurrido estando Juárez en Guadalajara, fungía aún

de secretario de gobierno. Como quedase fuera de peligro, fué de los primeros liberales que trataron de salvar al Presidente de la República y á su Gabinete, que ya estaban en manos de la muerte.

Fué también secretario de gobierno en la corta administración del general José María Arteaga, á quien acompañó al Sur con objeto de acabar con los enemigos de la República. Las vacilaciones de Uruga hicieron que se separase de Arteaga para vivir en Chichiquila, retirado de la política, porque á Guadalupe no regresaba mientras estuviera Jalisco bajo el partido retrógrado. Apenas el Imperio se hizo del Poder, pesó sobre D. Gregorio tal decepción, que no se satisfizo con retirarse á la vida privada, sino que cerró las puertas de su casa, como si alguien hubiese muerto, y no salía á la calle. Desde su retiro ayudaba al triunfo de la República, ya con sus consejos á los jefes que la defendían en los confines del Estado, ya con sus intereses que ponía á disposición de los revolucionarios aislados, que vagaban impulsando los ánimos de los mexicanos patriotas, ya con su palabra elocuente en los momentos en que Maximiliano se hacía dueño de México estableciendo un gobierno a su manera. De la misma firmeza de ideas que Fernando Calderón, Luis de la Rosa, Antonio de la Fuente y Valentín Gómez Farias, fué de los primeros, como ellos lo fueron, en sostener la federación, que Santa-Anna echaba abajo con su manejo político, desprestigiándola cada día más con sus arbitrariedades. D. Gregorio la sostuvo á todo trance no solamente en Jalisco, sino en Colima al ser desterrado por el dictador, porque su permanencia en Jalisco ofrecía peligro. De allá volvió, cuando había proclamado los principios federativos, hecho propaganda de ellos, formado un granero de personas prestigiosas que los defendieran. Mucho antes, en los comienzos ruidosos de su carrera pública cuando era Jefe político del primer Cantón del Estado, ya defendía esas ideas avanzadas que parecían pugnar con el espíritu de la época. Como jefe del partido de la federación le veían el año de 1847, en entonces diputado á la Legislatura del Estado. La enérgica actitud del general Santos Degollado, gobernador de Jalisco, respecto de Barron y Forbes que imperaban en Tepic y se enriquecían con el contrabando, fué debido en parte á D. Gregorio que, como secretario de gobierno, la creyó justa y beneficiosa, porque no merecían más que la expulsión del Territorio, por ser sostenedores clandestinos del desorden á causa de la competencia que les hacía la casa Castañón.

El prestigio de Dávila queda comprobado

por su influencia para reunir tropas en Jalisco al invadir á México las intervencionistas. Nunca su indignación llegó á ser tan grande como en la ocupación de Guadalupe por Bazaine. Retiróse al Sur al lado del general José María Arteaga, como secretario suyo, para proseguir la defensa de la patria que iba cayendo en manos del extranjero en connivencia de hijos bastardos de México. Llegó á organizar la guardia nacional, formada de ciudadanos á quienes les rebosaba de patriotismo el corazón y que voluntariamente tomaban las armas, porque lo creían su deber. El tuvo el grado de coronel y así le reconocía el ejército, pues que también había estado en algunos batallones con su piquete de tropa.

Su trato le hacía simpático; su aspecto infundía respeto; sus hechos le agrandaban como político.

Juárez, amigo de D. Gregorio y conocedor de su valer, hizo en 1867 que fuese Magistrado de Circuito, puesto que desempeñó con el talento y la eficacia peculiares en él.

Si bien su seriedad no se le alejaba del semblante, el trato hacía resaltar su amabilidad, que de sangre parecía tenerla. Rara vez la risa asomaba á sus labios y aún con más rareza la provocaba en plática.

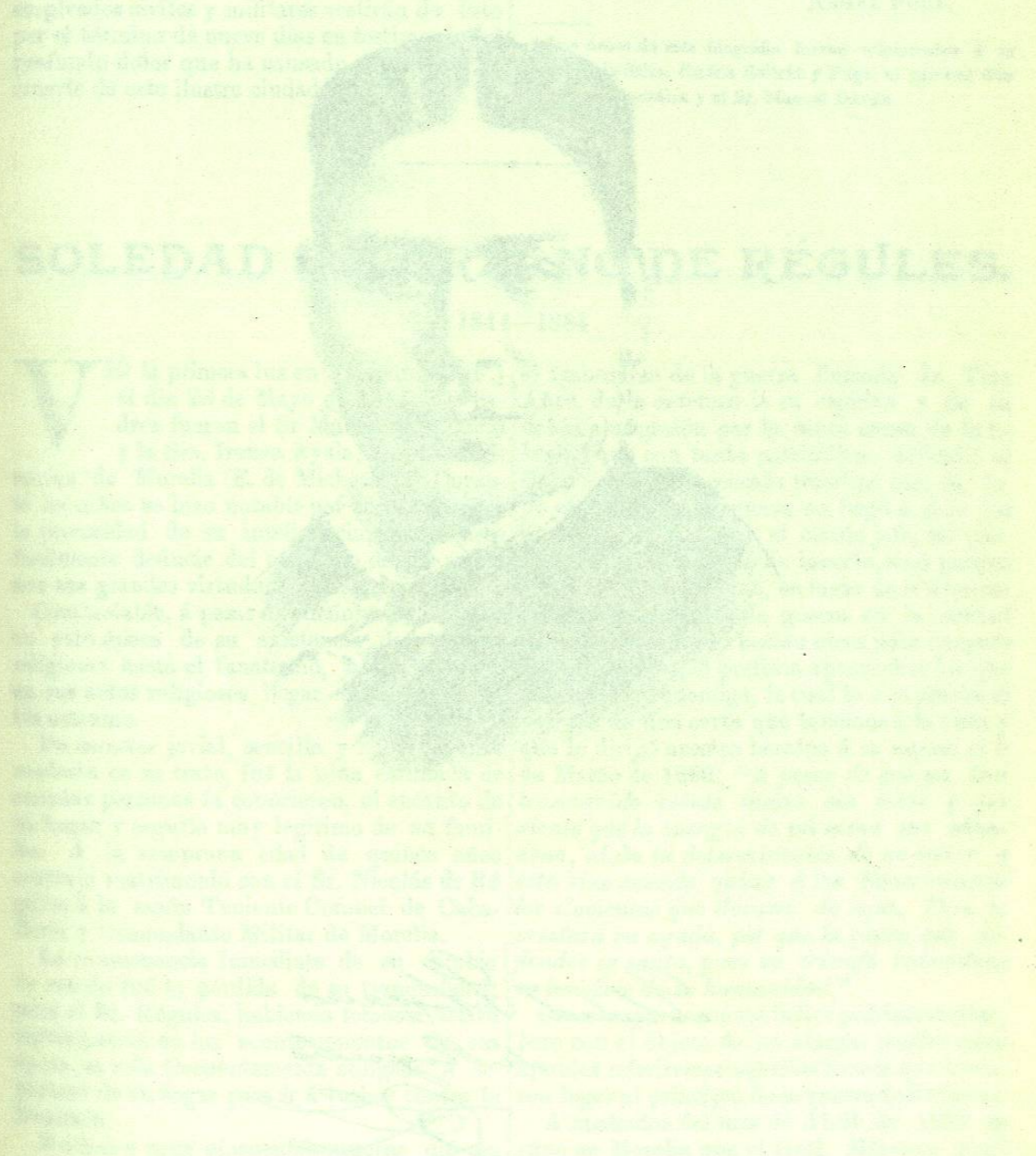
Alto, fornido, cara rasurada y seria encuadrada en barba de herradura corta y rala, cejas más perpendiculares que arquadas, ojos de mirada fija, boca grande de labios delgados y caído el borde medio del inferior, profundos los cigométicos, el cabello ensortijado y sin el cansancio de la vida agitada y de la edad en los hombros.

La vida agitada que había llevado le trajeron enfermedades que con la edad despertaron con más fuerza. Presintió su muerte y la anunció serenamente á su familia, infundiéndole resignación, conformidad, valor. El 14 de Enero de 1868 hizo testamento, arregló sus negocios y momentos antes puso su renuncia de Magistrado de Circuito. Ese mismo día despachó algunos asuntos y firmó ante su secretario.

Su testamento se abrió así: "En el nombre de Dios Todopoderoso, Gregorio Dávila, hijo legítimo de Timoteo Dávila é Ignacia Ramos, procedo á ordenar mi testamento en la forma siguiente: 1º declaro ser católico, apostólico y romano, como lo fueron mis padres, con la única diferencia de no reconocer ni haber reconocido los abusos del clero mexicano; 2º en cuanto á mis principios políticos los he basado y practicado en consonancia con los intereses del pueblo. Y encargo á mis hijos que, sin faltar á los deberes de hombres honrados, profesen esos mismos principios que sanciona y apoya la escuela democrática.

Liberales Ilustres Mexicanos

... de las cosas y modo de la vida... el Sr. Dávila... en un momento de la vida... el Sr. Dávila... en un momento de la vida...



SOLEDAD... DE REGULES... GREGORIO DÁVILA